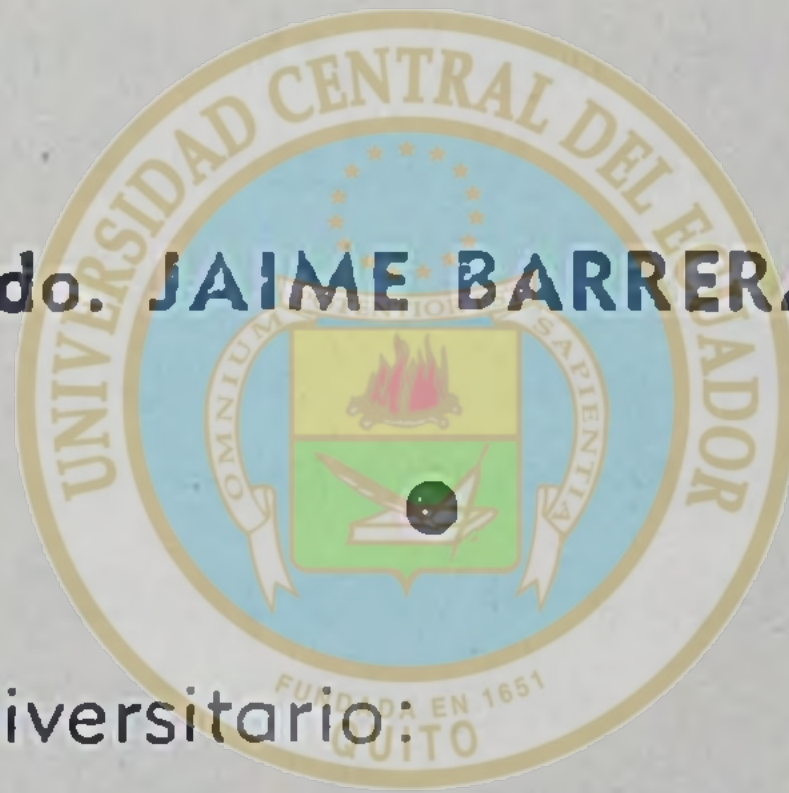


BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Director:

Lcdo. **JAIME BARRERA B.**



Jefe de intercambio universitario:

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
Sr. Dn. **ALFREDO CHAVES**

Vida, Pasión y Muerte del Libro

Por Jorge Fernando Iturribarria

ESENCIA Y FUNCIÓN DEL LIBRO.—El libro es un admínculo de innocua apariencia, para no decir inofensiva, mas su influencia en la civilización y en la cultura alcanza efectos insospechados.

El libro modela épocas, ciclos históricos. Puede estar hecho de dinamita o de bromuro, hace bajar o subir la tensión, agita o calma, desespera o consuela. Es distracción y compañía, ángel bueno o demonio.

No es posible hablar de cultura sin hablar de libros. Su influencia permea el presente, se infiltra en él y su néctar o su veneno condicionan el porvenir. Así el «Contrato Social» de Rousseau fué la causa eficiente de la Revolución Francesa y de la Democracia Universal; de la misma manera «El Capital» de Carlos Marx, para no citar sino estos dos libros, al preconizar la lucha de clases, la abolición del capitalismo y la estructuración de la vida sobre el fenómeno económico, preparó la intensa agitación ideológica en que se debate el mundo moderno, y cuyos alcances aún no podemos prever.

«No concebimos hoy una cultura sin libros —afirma Gustavo Pittaluga—. En efecto, no existe. Por fuera de los libros hay una pre-cultura, un estado pre-histórico de la cultura; nunca ya una cultura verdadera. Cultura, es pues, lo que sabemos del pensar y del sentir de la humanidad a través de la historia y de nuestro tiempo».

En consecuencia, no se puede entender la cultura sin tradición y, por lo mismo, sin su clásico instrumento, la pa-

labra escrita: el libro. Y del mismo modo será imposible prever el futuro sin reconocer la previa función cultural del libro, es decir: sin la modelación sucesiva que va imprimiendo en las generaciones del porvenir, adscribiéndolas al eje de su órbita.

EN EL ESCAPARATE.—En el escaparate del librero, alojado en su vitrina, el libro nos seduce con su portada de colores, nos incita con su nombre —etiqueta de probable contenido— a que lo leamos.

El libro moderno, que una sabia psicología de editor cubre en su exterior con una portada sugestiva, nos coquetea desde su sitial. A veces, colaborando con su nombre, con su rubro, un simbolismo alegórico quiere revelarnos su formal contenido: contenido que nominalmente expresa la lucha de su autor por apoderarse de la materia informe y ordenarla hasta darle arquitectura lógica, contextura espiritual, hasta hacerlo un ser animado, viviente, producto de la conciencia que abstrae cualidades, las relaciona y las sintetiza. Es el testimonio fehaciente de ese propósito de unidad y coherencia que funde en un mundo de realidades únicas los campos en que se divide la vida espectacular: el mundo externo de la naturaleza y el mundo interno del espíritu.

Allí en sus páginas está el campo de batalla de las ideas, del pensamiento en su afán de captar la esencia, el alma de las cosas; con la huella de la victoria y de la derrota, casi siempre de victorias y derrotas parciales, pues la verdad escurridiza, fugaz es una Diana Cazadora, esquiva, que no gusta de mostrársenos desnuda.

¿Qué podría ver de ella, desde un ángulo de enfoque de la realidad, qué podría captar la retentiva de la ciencia o del arte? A lo mejor vieron solamente un miraje, un señuelo de realidad, realidad deshumanizada o realidad que no pudo trasponer sino el mundo inmanente, que no se trascendentaliza; realidad enervada en el mundo puramente sensual de la impresión, o realidad que se desrealiza y se agita en el paisaje ideal de mareas y brumas.

El libro, si es sincero, es siempre un testimonio de esta perdurable tragedia que acabará en la consumación de los siglos; es decir, cuando el pensamiento humano se extinga, pues el tiempo es una abstracción, y su existencia está fatalmente condicionada al pensamiento.

EL TRANSEUNTE DESDE EL LIBRO.—Así como el libro es, desde la vitrina comercial, visto por el transeunte, por el hombre de la calle, a su vez el transeunte es visto por el libro. Las jerarquías espirituales del hombre quedan así seleccionadas por el libro, que se convierte en el juez estimador de todas las variedades de la fauna humana que transita por el planeta.

Dice Ortega y Gasset, y así es en efecto, que al hombre se le conoce mejor por su sentido de elección, por sus preferencias. De esta manera, en un sabroso ensayo sobre el amor, el filósofo español señala su fisonomía psicológica a través de la erótica. Parangonando diré que, así como el hombre se confiesa auténticamente en sus inclinaciones amorosas —mejor que en el gesto y la actitud, en los que siempre es un mimetista—, del mismo modo es en la elección del libro en donde radica la función de su tónica espiritualidad. Sólo que como todos los hombres aman o son amados y no todos leen, es obvio admitir que la prueba de la elección en el amor gana en eficacia generalizadora a la prueba electiva del libro; y al decir del libro, en él se contiene su autor, que es, como si dijéramos, el libro mismo.

Así el libro puede clasificar al hombre. Muchos transeuntes pasan y miran de soslayo, y sólo por costumbre, el aparador, sin reparar en su contenido. Su fugaz visión les dice que allí nada hay que pueda repercutir en su espíritu. Pasan de largo. Estos hombres son ajenos a toda curiosidad ontológica en el sentido de buscar los reflejos de la realidad en el espejo transformista del pensamiento, son almas sin inquietudes espirituales que se quedan detenidas en la simple teluricidad de los fenómenos, en su simplicidad o en su más grosera realidad. Su mundo intrascendente sólo gira en una mezquina órbita de la vulgaridad cotidiana. El libro hace un guiño de desprecio a estos hombres sin afán de sumergirse en sus aguas y buscarlas hasta encontrar los exóticos especímenes de su fauna submarina.

Otros pasan, se detienen, y entre la variedad de carátulas y portadas —estaciones que nos prometen viajes de aventura, peripecias de disímbola naturaleza— posan su mirada sobre las novelas. El libro está clasificando ya una preferencia: el espectador es un aficionado al género épico; el otro se para de un golpe y su mirada proyéctase sobre el rubro de un libro de versos: he aquí, quizás, un poeta en

potencia que no llegó a cristalizar, que no pudo expresar un mundo de liris, no y de fantasía que le aturde; una víctima de lo inefable, un hombre en querella constante con la materia latente del mundo, que siente el lacerante despecho de no haber podido envolverlo en una forma espiritual. He allí su tragedia, y como de ella no se conforma, resignase a pensar sus propias y malogradas intuiciones a través del alma de un poeta que se realizó, que supo descorrer el sutil velo que obtura la visión del mundo como fantasía y representación.

Aquel que ahora se acerca y se cala los anteojos está obsedido por la Filosofía. Ha leído innúmeros ensayos sobre el modo de concebir el Universo. Ha creído que, unos y otros, son peldaños sucesivos y ascendentes que conducen a la cima. Pero con cierta decepción ha descubierto, cuando ya sus sienes se orlan de blanco, que no ha hecho otra cosa que subir y bajar escalones, y que su pretendida posición de altura sigue siendo equidistante. No obstante, su decepción no es óbice para que desista y, puesto en el camino de la verdad, quiere llegar a ella, a despecho de su madurez o, inclusive, de su ancianidad. A veces está con los agnósticos y piensa que la verdad es inasequible al hombre. Entonces se abre un paréntesis en su vida y pasa de largo por los escaparates de libros, sin poder disimular un gesto de rencor. Pero, lector u observador impenitente de la vida, pronto le atormenta con urgencias mayores la inquietante pregunta: ¿Qué somos y a dónde vamos? Cree atisbar de nuevo la posibilidad de una verdad, se reconcilia con los libros y vuelve otra vez a buscar. El libro le da una bienvenida cordial. «Llévame contigo —le dice—; seré la esencia, el combustible que inflame tu ansiedad de saber en las noches insomnes de tu requisitoria a la vida, y si la flama te consume, no te importe, pues entonces habrá llegado el momento en que la vida, que era interrogación, se convierta en una cruz erguida sobre el pedestal de una lápida».

Hay también el lector frívolo, que busca en el libro un medio más o menos erudito de quemar el tiempo; el aficionado a la pornografía o el romántico, buenos o malos amantes, coleccionistas de éxitos o fracasos amorosos, discípulos del Arcipreste de Hita o del dulce Gustavo Adolfo. Quién busca en los versos de Fray Luís de León «La escondida senda», o en la lírica de San Juan de la Cruz y en «Las

Moradas» de Santa Teresa el rapto místico que le ayude en su fuga hacia el transmundo de lo divino. Quizás se acerca también el que hurga en la demonología de la magia negra el espiritual contubernio con Satanás, para conocer y practicar los secretos de un pacto demoníaco de incubos y súcubos.

Siempre el libro frente a la demanda de los ojos ávidos que se prometen viajes de inmersión a través de mundos disímbolos, va clasificando vocaciones y temperamentos, analizando psicologías. El secreto del poder seductor del libro no radica precisamente en el mundo que ofrece, sino en el transmundo que promete o sugiere. Todas nuestras apetencias se conjugan en este panorama de las librerías. En esto coinciden el aparador de libros y el de juguetes, pues, en el fondo, nuestras apetencias de adultos se parecen a las de los niños. El hombre juega con la tragedia consumada que es siempre un libro, como antes, de niño, jugó con la tragedia en potencia que es todo juguete.

PROCESO DE ACLIMATACIÓN DEL LIBRO EN LA INTIMIDAD DEL LECTOR.—El primer contacto entre el lector y el libro, cuando lo hemos adquirido, es el de su apertura. En «angelo cum libelo», como dice Fray Kempys —en un rincón, con un libro— el presunto lector se retrae, ocupa una posición cómoda, sabrosamente arrellanado, y empieza su «apertura». Hoja por hoja, con la navajilla, lo va desfoliando. Nos invade la misma curiosidad del nauta del Renacimiento que toca tierras nuevas; el mismo afán del que levanta la tapa del regalo recién recibido y coquetonamente envuelto; el propio espíritu del niño que hurga, una por una, las piezas del juguete mecánico. Esos grupos de hojas que forman el pliego son como capullos de rosa que se abren a la vida.

Otros lectores menos artistas, renuncian a esta suave voluptuosidad de abrir por propia mano un libro y lo entregan a la cuchilla del encuadernador. Hay un poco de impericia de bibliófilo y mucho de novatada en este gesto, revelador del temperamento del lector. Como la guillotina cercena parte del margen derecho el libro, si llega, como es de suponerse, a las manos del empastador, al ser nuevamente guillotinado, perderá su línea clásica, quedará desproporcionado, encogido, alargado, padecerá de delgadez constitucional.

Hay quienes someten previamente el libro al arte renacentista del empastador, capaces de contener el apetito que nos impulsa a desflorarlo, a romper su virginidad de flor impoluta, de botón que contiene una promesa. Son de aquellos que saben aguardar la hora y el momento propicios, otorgadores de una esperada y suprema voluptuosidad. El libro, vestido con sus mejores galas, será así manjar exquisito de los sentidos, irá con más dignidad y boato al himeneo intelectual.

En algunos aspectos, los libros tienen analogía con las mujeres, ya que amar integralmente es leer en el corazón, en el pensamiento y en los sentidos femeninos, para poder capturar su misteriosa esencia. Mujeres y libros nos van entregando lentamente el secreto de su intimidad. Algunos enfermos de impaciencia viven su primera aventura amorosa con un frenesí y una desesperación que hacen suponer que fuera la última. Quieren agotar de un golpe todos sus secretos, violentando el ritmo del existir. Así hay lectores que acuden de inmediato al índice de los libros, seleccionan dos o tres rubros, y de estos capítulos exclusivamente, extraen el contenido esencial del libro, dejando intacto los demás, y frustrando su plena y absoluta posesión. La mujer y el libro se vengan de estos enfermos de inquietud, concediéndoles, apenas, los difusos contornos de su perfil.

Mujeres y libros nos decepcionan con frecuencia. Su apariencia engañosa, prometedora de excelsos paraísos, nos condena a un limbo gris, del que hay que salir precipitadamente. El interés inicial languidece, se extingue. Finalmente, los párpados se cierran, el libro cae de las manos. Otros libros, biológicamente estructurados, van acrecentando su interés, a medida que se acercan a la plenitud de sí mismos, como la simiente. Sus autores han sabido copiar la vida, y su pensamiento se realiza victorioso, después de sucesivas gradaciones, hasta rendirnos cíclicamente su fruto.

En nuestra intimidad, vibrando con la esencia de nuestro ser, el alma de los libros se parece en ocasiones al contenido musical de todo arte sonoro. La línea ascendente, descendente y siempre ondulante y sinuosa de nuestro espíritu nos hace preferir accidentalmente cierto linaje de libros, o determinados fragmentos suyos. Nuestras apetencias espirituales se tienden, como la alfombra verde que orna los bosques, a veces bajo los árboles gigantes, a veces bajo los

rosedales del huerto florido; otras, tienen el capricho o la ansiedad de las alturas y, en ocasiones, la húmeda humildad de los bajíos.

¡Infranqueable secreto de las almas!

Así hay veces en que amamos cierto linaje de música, que seguimos la fiebre sonora de un genio musical, que abstraemos de la partitura de una sinfonía la cadencia que mejor se tiende o se recuesta en nuestra alma, y amamos esos ritos con obsesión casi excluyente.

Igual ocurre con el libro. Nos obsede todo pensamiento que gire dentro del momento espiritual que estamos viviendo, como si el mundo que no es precisamente nuestro mundo se hubiera desintegrado. También ocurre que nos obseda tenazmente uno de sus capítulos. Entonces la vida se detiene y se estatiza allí. Pasan los meses, los años, y cuando volvemos al mismo libro —impenitentemente empolvado en nuestra mesa—, nos encuentra transformados, con nuevas apetencias, con la urgencia espiritual de otro método de vida o de otro tipo de conducta. Entonces, por contra, nuestra versatilidad decepciona al libro, como el amante, cuando se aleja, decepciona a la amada, porque dejó de ser el mismo. No es insólito el caso del retorno, y a veces empieza el verdadero amor, amor de hombre que vuelve a sus viejas preferencias, porque ha descubierto que éstas son su verdad, la esencia misma de su ser; amor de inquieto lector que también retorna a su verdad, la que aquel libro le ofreció y que repudió, engañado por el miraje de soñadas e imposibles aventuras.

Cuando nos hemos identificado plenamente con la esencia y el contenido de un libro; cuando creemos que cada una de sus páginas son jalones de arranque de nuestra conducta, lo instituimos en nuestro libro de cabecera, dándole el lugar de honor, como instituimos en nuestra esposa o en nuestra amada a la mujer con quien hemos sentido realizada nuestra plenitud vital.

Nuevas biblias, aquellos libros, reposada la cabeza en la almohada, condúcennos, noche a noche, de revelación en revelación, y por los dulces senderos de la ensoñación al sueño. Y así vamos viviendo de la influencia, del hechizo mágico de guías y profetas.

PUESTO DEL LIBRO ENTRE LOS OBJETOS DE NUESTRAS PREFERENCIAS.—La manifestación de nuestras afinidades elec-

tivas no concluyen, por lo que al libro se refiere, en la elección de su rubro o contenido, sino en el puesto de dignidad que damos a los libros cuando, una vez leídos, los insertamos irrevocablemente en la escala de nuestras preferencias.

Ocasiones hay en que los libros sufren en la alcoba, en la sala, en el estudio, las peripecias de los trabajos, compartiendo con ellos su suerte. Sin lugar fijo, vagan de aquí para allá, frecuentemente desplazados por otros objetos extraños. A veces, un cúmulo de cosas los aplastan y los asfixian, condicionándolos a una posición estratigráfica de indolencias. Otras, los libros ocupan su sitio decoroso en los estantes de la biblioteca. Su ordenación puede hacerse por el sistema decimal, si el lector es afecto a las clasificaciones científicas; pero en ocasiones, y esto es lo frecuente, un sentido estético de proporciones los ordena por tamaños y colores.

Existe el bibliófilo, tipo maniático, de coleccionista, que adquiere libros por el solo prurito de poseerlos y coleccionarlos. Su vanidad radica en saberse dueño de todos sus especímenes. Cuando en una conversación erudita se habla de éste o de aquel libro, el bibliófilo no desaprovecha la ocasión de cobrar a su manía los réditos acumulados e interrumpe: «¡Yo lo tengo!». Ese «tengo», denuncia su manía poseedora. Debiera decir: «¡Yo lo he leído!».

Hay otro tipo de hombre que podemos categorizar en relación con el libro: el rastacuero, el pedante. Como la presencia del libro en el hogar o en el estudio es un exponente de presunto espíritu investigador, un testimonio válido de cultura, revelador de un pasado y de un presente condicionados por el libro, de horas robadas a la disipación y al sueño, los hipócritas de la cultura, los simuladores de la ciencia tienen buen cuidado en conservar esta etiqueta de presentación, que los acreditará de inteligentes. Recordamos la anécdota del «parvenú» que se conformó con decorar sus estantes con pinturas que sólo representaban lomos de libro, apariencias de libro. Ven en el libro un motivo de decoración simplemente de circunstancias, de sentido burgués, como la pintura de naturaleza muerta que orna los muros del comedor, o el color del gobelino que cuadra con el matiz de los cristales de un ventanal. En una palabra convierten al libro en cómplice de un fraude.

EL LIBRO FRENTE AL HOMBRE.—En general todo libro, y siempre el libro de contenido dialéctico, entraña una tesis, a cuya meta aspira su autor. El papel de todo buen lector consiste, dialécticamente también, en revisar los fundamentos y el método lógico del razonamiento. El libro y su lector ocupan, pues, una posición teórica de posibles, de presuntos adversarios.

A veces esta posición alcanza las características de una muda polémica, definidos opuestamente los campos; otros, nuestra afinidad con su contenido y forma nos permiten la inmensa voluptuosidad intelectual de leer en ellos nuestro propio pensamiento, de hallar los mismos argumentos que antes nos forjamos, en una palabra: nos permite el milagro de contemplar idealmente cómo el autor va desarrollando la estructura geométrica de un edificio cuyas piezas dispersas, desordenadas, yacían en el fondo de nuestro pensamiento. Un placer estético, arquitectural, nos invade y nos recorre. Teníamos la materia, hasta quizás concebimos el plan, pero no logramos ser buenos arquitectos de nuestro propio pensamiento y he aquí que vemos cómo limpiamente, con sentido artístico de proporciones, con buen cálculo de resistencias, otro pensamiento logra estructurar sólidamente lo que en nosotros no pudo salir del terreno de la incoherencia y de la confusión. Este es uno de los casos en que la Filosofía y el Arte se confunden, dando nacimiento a un arte nuevo: el arte de filosofar. Belleza y Verdad hermanados, dan cima a este monumento.

Otras veces este placer de coincidir en líneas y proporciones de la geometría pensante, se frustra fragmentariamente, y nuestro diseño mental va anotando fallas y errores, como el esteta, también idealmente, va corrigiendo las deformidades de la línea, cuando la obra de arte no llega a cristalizar integralmente, a coincidir en todos sus aspectos con nuestro juicio estético de valor.

En ocasiones, al autor prevé nuestra posible discrepancia, como el que sabe que dejó un intersticio, un hueco sin tapar, y vuelve a la carga, polemizando con el anónimo y probable impugnador que es el lector. Son los sentidos apolíneo y dionisiaco, en que se resume toda forma viviente, toda existencia, todo afán vital; otra vez los mundos del contenido y de la forma, en lucha hacia un monismo ordenador y unificador, constituyen la trayectoria del libro, su pasión,

su fatalidad: rueca mágica en que el pensamiento se enhebra, se extiende y se recoge, como los hilos de la hilandera.

Estas posiciones del libro frente al hombre y del hombre ante el libro, se reducen, una vez desmetaforizadas, humanizadas, a la eterna requisitoria del hombre frente al hombre, de la humanidad frente a sí misma, de las formas del pensamiento frente a sí propias, a su tragedia y a su destino. Y una vez reducidas a esta ecuación final, se lanzan, como dardos veloces, buscadores de blanco, después de perseguir una trayectoria de milenios, sobre el tema lacerante y eterno de nuestra ancestral pregunta frente a la vida: ¿Qué somos y hacia dónde vamos?

Pero la flecha veloz pierde su meta y sigue girando en el tiempo y en el espacio, fatalmente desorbitada como aerolito errante. Posiblemente ni «somos» ni «vamos»; quizás nuestro ser y la ruta que le suponemos son términos aparentes a que nos impulsa la aspiración teleológica innata en el hombre. Es nuestro mundo físico, material, nuestro afán de cuadricularlo todo, lo que nos da la visión de un mundo sujeto a estaciones de salida y de llegada. Yo creo, con Unamuno, que en todo hombre, en su dolorosa aventura de saber, todas sus preguntas se inspiran en un solo fervor: el ansia de eternidad. Esta ansia de eternidad reclama un doble postulado previo y necesario: la existencia de Dios y su natural consecuencia, la inmortalidad del alma.

PERIPECIAS DEL LIBRO.—Una segunda revisión de nuestras afecciones selectivas del libro, lo reclasifica. Después de estas segundas o terceras instancias, el libro queda ejecutoriado para nosotros; lleva ya impresa en su fisonomía y carácter la reacción que definitivamente nos produjo.

Esta revisión nos advierte de que hay diversas clases de libros: el que se presta, el que se regala, el que se olvida.

Prestamos un libro exclusivamente por dos causas: o porque anhelamos el comentario del amigo que no lo conoce y cuya impresión adivinamos afín a la nuestra, o porque nos es solicitado. No me refiero al caso del lector de circunstancias, esporádico, casi siempre abúlico e indiferente a los valores de la cultura. A éste lo satisfacemos generalmente con una novelita, deshecho de nuestra biblioteca, pues conocemos la psicología del que lee libros prestados. Puede

ser persona honesta, incapaz de apoderarse de un alfiler ajeno, de una moral intachable, pero toda esta suma de cualidades no será obstáculo para que se quede con nuestros libros. Existe, no sé por qué raros complejos de la psicología humana, la sobreentendida interpretación de que todo libro que se presta equivale a un obsequio. No obstante, siempre el prestador espera inútilmente el libro prestado, a despecho de que puesto en el otro caso, está dispuesto a quedarse con el préstamo.

Regalar un libro es muchas veces un signo romántico, máxime si se trata de un tomo de versos y si la persona a quien se dirige nuestro obsequio es una dama que nos interesa. Casi siempre obsequiamos el libro que nos gusta, que nos interesa, que nos impresiona, porque deseamos compartir nuestra impresión con el amigo; conducirlo al mismo punto en que nos aloja. Ponemos en sus manos el néctar o el veneno que nos embriagó, para que de su esencia se embriague y viva con nosotros el mismo sueño hipnótico. Procedemos análogamente al toxicómano que comparte con otro las peripecias de una aventura extramundo, por los paraísos artificiales del opio o la morfina.

EL LIBRO VENDIDO.—Cuando la penuria llama a nuestras puertas, a sacudirnos y despetarnos del letargo en que estamos sumidos —enseñándonos como Sancho a don Quijote los accidentados senderos del cotidiano vivir—; cuando intempestivamente nos descubrimos pobres vergonzantes, empieza la desmembración de nuestra biblioteca. Generalmente nos despojamos de las obras de lujo, ediciones monumentales compradas en abonos, que nos dejaron mal parados con el casero y a veces hasta sin zapatos. Y allá vamos a las librerías de viejo a entablar el molesto regateo. Aquella edición de papel satinado, de impecable impresión, de grabados a cinco tintas, se transmuta ignominiosamente en unas cuantas monedas, que irán pasando a tantas manos que se tienden para reclamarnos el precio de nuestro cotidiano existir.

Las librerías de viejo se nutren de estos despojos. Apenas nos resarce del atraco el recuerdo de las escapadas que antes hicimos a esas mismas librerías, y la satisfacción de una compra ventajosa, en que a otro le tocó hacer el papel de víctima. Pagamos con la misma moneda la codicia con que nos apoderamos, a poco costo, de los libros que valían

el doble. En este placer de gambusinos, de descubridores de insospechadas riquezas, como tumbas faraónicas enterradas en el polvo de los siglos, radica el atractivo insospechado de las librerías de viejo. En nuestros recorridos periódicos a los bazares, nuestras manos han tenido temblores de codicia y nuestras almas se han regocijado en el pecado.

MUERTE, TRANSFIGURACIÓN Y RESURRECCIÓN DEL LIBRO. —El libro tiene, como nosotros, un cuerpo físico y una existencia material. Está sujeto a los accidentes de la materia. Es víctima de achaques, es atacado por morbos, virus y bacterias; se desintegra en su ser corpóreo y llega el instante en que se convierte en carroña; pero no pestilente como la del hombre. Muere de infinito número de enfermedades, es objeto de agresiones y de ataques. Se agita, como toda cosa, dentro de la órbita fatal del tiempo. La ignorancia y la incompreensión se precian de ser sus lógicos rivales, pues ¿no lo es, acaso, el libro, de la ignorancia y la incompreensión? En esta batalla redentora, el libro sufre su pasión y su Calvario, el mismo estulto ¡crucifiquenlo! de la plebe procaz. Así pasó en Alejandría, centro de la biblioteca más grande, víctima de fanatismo de Omar, tío en tercer grado de Mahoma; así en la Edad Media, de igual modo pereció el libro enjuiciado por los tribunales de la Inquisición y modernamente ha ocurrido lo mismo en Alemania y Rusia. El libro ha sido llevado al tormento del fuego. En la pira ardieron el papiro egipcio y el lino del Renacimiento, y no sin angustia, sus páginas se retorcieron antes de exhalar el último aliento, consumidas por el fuego, mientras la barbarie gozó orgiásticamente, creyendo que era posible destruir el pensamiento humano. A nuestra Sor Juana Inés de la Cruz «una monja cándida», según cuenta la poetisa, le privó de su biblioteca, suponiendo que los libros son cosa del demonio, mas no pudo evitar que convirtiera en objeto viviente de estudio la espaciosa realidad que curiosamente se desplegaba ante sus ojos investigadores.

Nuestros libros, sujetos, como toda cosa, a los accidentes fatales de la perennidad, también se agostan, mueren. Lejos del ojo vigilante con que nuestro afán quiere darles eternidad, siguen el propio destino del hombre y se convierten en polvo cuando nosotros hemos ya traspuesto el misterioso umbral de la vida. La polilla, larva erudita, perfora sus cuer-

pos, abriendo en ellos canales caprichosos. El libro no tiene anticuerpos, como nosotros, y es incapaz de librar en su organismo la lucha bacteriológica que conserva y salva la vida humana del virus que la corroe. Practicados los túneles por esta fauna parásita, el libro queda a merced de todos los elementos de destrucción que el tiempo ha inventado en su lógica y sabia técnica de transformar la materia.

Pero el libro muere más de otras muertes que de la natural, derivada de su propia naturaleza física.

Cuando hemos desaparecido, los dejamos en desamparo, víctima de nuestros deudos, quienes, por una extraña profilaxis moral, quieren hacer desaparecer con ellos la huella de nuestro paso por el mundo y refugiarse en el olvido radical. Con el último libro de nuestra biblioteca muere también nuestro fantasma, sombra inquietante, productora de incómodas zozobras, como todo fantasma que se instala en la plenitud del vivir físico, que es el único vivir de muchos seres. Otras veces la biblioteca ayuda a pagar los gastos del sepelio, del equipo luctuoso, y a reanudar la forzosa vida, mientras nuestros deudos se orientan en el mundo de urgencias económicas en que empiezan a agitarse. Muchas veces, los libros constituyen problemas para el hogar que abandonamos, mas no los problemas nacidos de la interrogación que todo libro entraña, y que para nosotros ya se resolvió en una cruz, sino problemas simplemente de espacio. La escoba y el aseo continuamente se andan encontrando con estos seres indefensos, minúsculos, huérfanos de auténtica orfandad. Después de ser desplazados, como trastos inútiles, a un lugar accesorio de la casa, son echados de ella, no con la dignidad de libros, sino convertidos en papel de envoltura, en mercancía de fácil desecho.

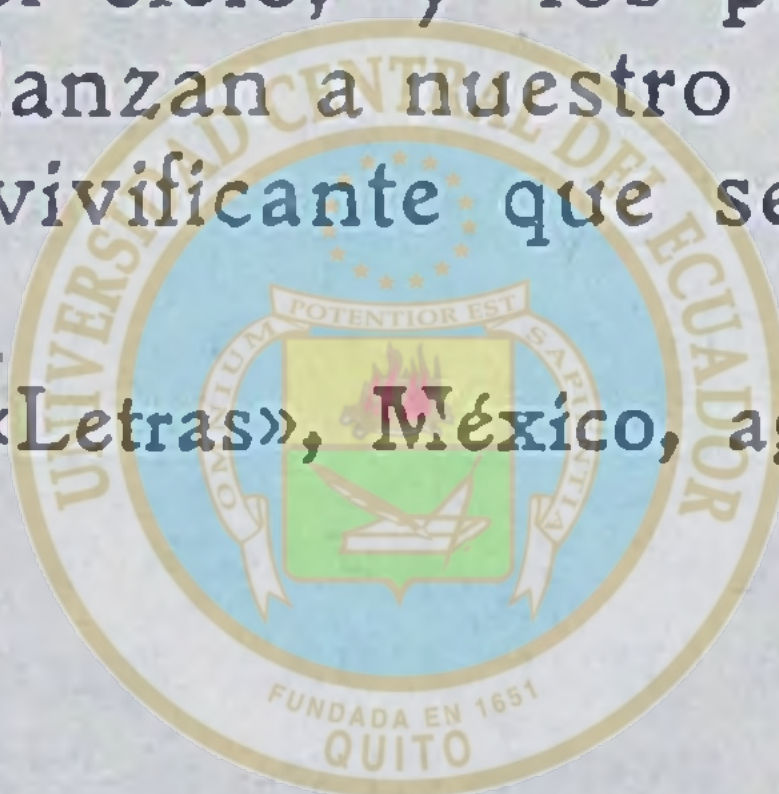
Pues, ¿esto equivale a decir que el libro ha muerto? No; el libro no puede morir, porque a despecho de su cuerpo físico, tiene una existencia inmaterial. Este es el desquite del libro frente a la incomprensión y a la ignorancia, pues su alma se mantiene ilesa, eterna, a través de las fluctuaciones de la materia. Teóricamente no existe libro incapaz de transfiguración y de inmediata resurrección. Su espíritu, poliédrico y ubicuo, se encuentra en todas partes y, como el Ave Fénix, surge perpetuamente de sus cenizas. Como representa un valor inmortal de la cultura, su vida no puede ser perentoria ni accidental. Hijo del saber, su misión es alcanzar a

su vez la paternidad del saber futuro; no es un eslabón perdido en la cadena secular de la civilización, sino una pieza vital, funcional de su estructura.

Así como Grecia y Roma, dormidas en su capullo de larva esperaron silenciosas la llegada del Renacimiento para transfigurarse milagrosamente en una nueva cultura, del mismo modo el libro inmortal, dormido en su esencia ideal, repudiado en ocasiones, destruido quizás, espera el momento de su transfiguración y, transfigurado ya, el amanecer del nuevo día lo encuentra iluminando los senderos de la vida, como una antorcha inextinguible a cuyos fulgores la noche vencida se repliega.

Como en todo amanecer, la tierra nos embriagará con sus íntimos secretos y aromas; las flores, abiertas por el suave rocío de la mañana, se recortan en la esmeralda del campo, en la turquesa del cielo, y los pájaros, mensajeros de vida y de esperanza, lanzan a nuestro sentido como una marejada esta apoteosis vivificante que se llama la vida.

(Tomado de «Letras», México, agosto de 1940).



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL